

lecturas

Persona y democracia

Héroe es aquel que logra al fin coincidir consigo mismo.

M.Z.

Lo que el lector de suplementos dominicales entiende por “postmodernidad”, lo presintió hace un siglo Friedrich Nietzsche como “nihilismo” y dijo que la enfermedad nos iba a durar un siglo más. También señaló que la única forma digna de atravesar esta Era “en que no se puede creer en nada” implica un esfuerzo para volver a creer en lo más elevado. En esta dirección, con el paso del tiempo, la obra escrita de María Zambrano ha venido a ser, para los lectores en castellano, uno de los sitios donde con mayor lucidez hemos podido realizar el esfuerzo de resignificar la vida en comunidad.

Los escritos de María Zambrano todavía no salen de un muy selecto grupo de lectores. El público nihilista contemporáneo todavía tiene que estar alejado de los secretos de esta escritura, tanto por la profundidad de sus temas como por las radicales exigencias que propone. Sólo con el paso del tiempo, el sentido común podrá ir comprendiendo y aceptando los planteamientos que impone un proyecto cuyo deseo es comunicar qué es lo más sagrado para el hombre.

Discípula de José Ortega y Gasset, amiga de José Lezama Lima y de Sergio Pitol, María Zambrano es la continuadora de una tradición en castellano que se ha propuesto entender el sentido de la existencia como una exigencia del pensamiento. Sus escritos nos han recordado que el más alto saber es de característica poética, y lo que nos dejan pensar es la mejor forma de vivir todos en libertad ahora. Al mismo tiempo, la escritura de esta pensadora ha iluminado una tradición diferente para interpretar los sueños y organizar la economía política, haciéndonos saber que hay pensamientos subterráneos que todavía pueden enfrentarnos con lo desconocido, con lo inesperado: la felicidad.

Ha comenzado a circular entre nosotros la nueva edición de *Persona y democracia*, libro publicado por primera vez el año de 1958 en Puerto Rico. Punto crucial en la reflexión que va por la pregunta del sentido del liberalismo a la pregunta por el significado de lo sagrado, este libro se nos presenta como un apasionado discurso sobre la sustancia real de la libertad; así, se nos recuerda: “solamente se es de verdad libre cuando no se pesa sobre nadie; cuando no se humilla a nadie, incluido a sí mismo”. Esta idea nos tiene que hacer recordar que la libertad no es algo innato, que la libertad es un aprendizaje, una en-

señanza de levedad. Ser libre es un acto, la decisión efectiva y concreta de ser con y para los otros.

Así, ahora que los mexicanos iniciamos el juego de las micro-democracias, *Persona y democracia* nos llama a reconocer que la verdadera libertad, la que nos interesa, emerge de una reinterpretación radical de la política y de la economía. Lo verdaderamente democrático ocurre como autogobierno de la conciencia; solamente vivimos en libertad cuando autoconscientemente entendemos “que la cuestión económica no [es] una especie de pesadilla que pese sobre la vida de millones de seres humanos”. Si la relación económica es ontológicamente la forma de actuar en común contra la muerte, la economía nunca podrá tener sentido regulada según los egoísmos mortales de la propiedad privada, el dinero, los impuestos, el gasto público; entre otras razones: “porque no se puede vivir como persona si se tiene la conciencia de pesar sobre otras personas a quienes les está negado hasta el mínimo de satisfacciones a sus necesidades vitales”. La verdadera realización de la crítica de la economía política, más que una revolución o un cambio de estructuras, es entonces un cambio de actitud ante la vida. Al fin y al cabo, la cuestión de las libertades es una pregunta ética.

No debemos hallarle sistema a lo que crece como constelación. En realidad, este texto me ha llenado de fuego la cabeza. Lo he leído con temor y temblor, y si puedo decir que se trata de algo, es de lo siguiente: persona y democracia son todavía dos sueños diurnos, algo que hipnotizados los poetas vamos buscando desde hace milenios, algo que de pronto, quizá por el máximo peligro, parece a la vuelta de la esquina. La persona, el individuo que autoconscientemente se individualiza para superar el egoísmo, es un deseo del porvenir, una semilla que crece poco a poco en nuestras conciencias mamíferas vertebradas, un muy serio llamado a la más intensa comunicación: personalizarse es aprender a conversar. Y la democracia, el reino libertario de la persona, es la Utopía que nos jalona a practicar, cada vez más inteligentemente, el acto de pensar, porque “el tiempo durante el cual pensamos es nuestro enteramente; es cuando poseemos realmente el tiempo”. Lo democrático, así, es una manera de resolver nuestra temporalidad concreta; la democracia es la búsqueda enamorada de la clave de la muerte natural. Porque donde la muerte es ley, los hombres deben aprender a regularse según lo innegable; donde la muerte manda, nosotros debemos hacer brotar la vida, hacer brotar el pensamiento, hacer brotar la esperanza.

“La ciudad, primera forma de vida democrática, es el medio de visibilidad del hombre, donde aparece en su condición de ser humano. En las anteriores formas de sociedad, el hombre aparecía bajo una condición determinada particular: la de una clase, la de una función, la de ser alguien extraordinario; sobre o bajo el nivel de lo humano. Enmascarado siempre, como la larva en el capullo, en el estado de seminaturalidad. Pues el modo de algunos seres naturales, como ciertas clases de insectos, se encubría miméticamente; imitaba hasta en su tocado a los pájaros, o la fiera, sugería siempre la imagen de una criatura fantástica al modo natural. Sólo a medida que fue entrando en la vida ciudadana, se atrevió a despojarse de tales emblemas o máscaras e irse vistiendo simplemente de hombre; semejante a nadie, ni a nada.”

Ya hemos pagado el sacrificio de ser naturales. Durante este siglo, el sacrificio ha llegado al máximo. Por eso, ahora sabemos que somos como dioses, que es hora de aprender a gozar con nuestra propia sacralidad; es la hora de lo artificial en el hombre. La función de pensar es tener que asumir el compromiso de actuar libremente para volver más tolerable la finitud. Que nos preocupen ahora tanto las cuestiones democráticas es porque el mundo, para hallar la respuesta de la

existencia, se vuelve femenino. El mundo quiere la paz perpetua y ésta sólo se puede encontrar tratando de ver y nombrar lo que no es avaricia, lo que no es engaño, lo que al fin y al cabo siempre se parece más al símbolo de madre.

El hombre ha estado enajenado desde siempre, y trabajosa, lentamente, se ha ido rescatando en algunos de los aspectos de su enajenación. Mas sólo se logra en la medida que se desenajena desde la raíz, lo cual ha sido dado por el pensamiento, cuando se dispone a buscar la verdad. Nuestro mayor peligro no es la nuclearización, ni la corrupción burocrática; nuestro mayor peligro es el tirano autoritario que habita en cada uno de nosotros como ego, ese tirano que fácilmente nos engaña con consignas partidarias, con caudillos ilusorios, con promesas de paraíso y apocalipsis para mañana. Un pensar diferente, un pensar que se educa para la libertad, tiene que encarar la vida democrática de una manera distinta a como la ha venido resolviendo el orden simbólico fallogocéntrico. “El orden democrático se logrará tan sólo con la participación de todos en cuanto personas, lo cual corresponde a la realidad humana. Y la igualdad de todos los hombres, “dogma” fundamental de la fe democrática, es igualdad en tanto que personas humanas, no en cuanto a cualida-

des o caracteres; igualdad no es uniformidad. Es, por el contrario, el supuesto que permite aceptar las diferencias, la rica complejidad humana y no sólo la del presente, sino la del porvenir. La fe en lo imprevisible.”

Salvador Mendiola Mejía

María Zambrano, *Persona y democracia. La historia sacrificial*, Anthropos (Editorial del hombre), Colección pensamiento crítico/pensamiento utópico, Barcelona, 1988, 165 pp.